

Vida por partida doble

Agustín Monsreal

A Hernán Lara Zavala

Los forjadores de leyendas me adjudicaron la injuriosa fama de huraño, desdeñoso, negligente, enbreguecido; pero yo no quiero ser un hombre triste, no quiero ser un hombre desesperado, no quiero ser un solitario; lo que pasa es que la soledad suele ser el mejor bálsamo para mis males de espíritu (de la cabeza, dirían no pocos de mis amigos y parientes), lo único que me permite valorar los gozos del sosiego. Por eso no puedo irme de esta casa; por eso, a pesar de los fantasmas, es mi refugio. Bajo el amparo grato, apacible, benigno de algún árbol, contemplo el vuelo luminoso de los pájaros que ondean sus alas con el fervor de la brisa, breves banderas bienhechoras del atardecer, y me reconcilio con la vida. La casa se encuentra aislada en lo más elevado de la colina que le da cobijo al pueblo de La Piedad, y dentro de sus límites ocurren percances que podría calificar de raros, y hasta de dramáticos; sólo que estos últimos jamás me han sucedido a mí —a mí nada más me dan ensueños febriles—, sino a quienes alguna vez invité a visitarme o a quienes eventualmente han vivido en ella.

Empezaré por contarles lo que pasó en los primeros tiempos. Acababa yo de comprarla (convine con mi mujer que sería mi territorio libre, mi remanso algunos fines de semana), y para que no estuviera deshabitada durante mis ausencias, permití a una familia de los alrededores que la ocupara. Se trataba de gente muy pobre y a cambio de una renta, la cuidarían y la mantendrían en buenas condiciones. Estaban de veras contentos y agradecidos. Sin embargo, cuando volví al cabo de quince días, me encontré con la novedad de que la habían abandonado. Me puse de malas y bajé al pueblo a buscarlos y a exigirles una explicación; ésta, no obstante sus expresiones quejumbrosas y el temblor de sus labios, su pavor, no me resultó convincente: “Es que allá en su casa

espantan, don Agustín”. (El hecho de que antepongan el *don* a mi nombre no quiere decir que yo sea viejo, ni sujeto respetable ni nada por el estilo, es la usanza cautelosa de aquellos rumbos, nomás). Después, en un lapso muy corto, las personas que han venido a hacer la limpieza también desertaron, luego de padecer distintos accidentes (un tobillo roto, costillas maceradas, varios dientes arrancados de cuajo), y los vecinos, no cercanos aunque sí muchedumbrosos, echaron a rodar colina abajo, hasta bien entradas las calles principales de La Piedad, ciertos rumores estúpidos acerca de los espantos que habitan mi casa, y de las brujerías malignas que se offician en su interior.

Yo tardé un par de meses en percibir la presencia ladina de los *espantos*, o de que ellos manifestaran sus fórmulas de bienvenida. En un principio ni siquiera les di importancia, incluso me resultaban ligeramente ingenuas, simpáticas, sus maneras de molestar aporreando puertas, tintineando lámparas, ululando, rascando armarios, o temas menores que cuando mucho me provocaban uno que otro escalofrío, algunos prolongados insomnios, y me volvían más distraído, y me traían durante largas horas confuso, desorientado, abatido por malestares inubicables, por cambios drásticos de estados de ánimo que me obligaban a imaginar artificios como que la casa era una caja de vidrio, y que yo estaba adentro, minúsculo, indefendible, pero igual estaba encima, y grande, muy grande, mirándome desde el techo levantado, acosándome malvadamente con agujas feroces para que corriera de un lado a otro, estrellándome contra las paredes, y el yo allá arriba se reía de ese mí acá abajo, me hacía yo sufrir jugando conmigo. Y también cosas como ver a mi cuerpo salir del espejo y ponerse a buscarme por todas las habitaciones, a pesar de que yo ni me movía del mismo sitio, así que hubiera sido de lo más fácil encontrarme. O me figuraba que era yo un pesado



James Ensor, *Demonios atormentándome*, 1895

ropero antiguo, y me escondía en él, o sea, adentro de mí mismo, y me podía pasar las horas de las horas sin saber dónde me encontraba. O confundía las uñas de mis manos —aunque en realidad yo no tenía manos— con cucarachas que correteaban sórdidas, infatigables, mientras las paredes se encogían y convertían el cuarto en un túnel estrecho, mi cama en un féretro precario, resbaloso. Yo adivinaba que todo eso eran meras alucinaciones, fantasías de mis sentidos, y por eso ni me asustaba ni me dejaba afligir ni me sentía intranquilo. (Mi mujer, a quien le gustan una barbaridad las lecciones aprendidas, en vez de interesarse por la casa, únicamente repetía debes ir a que te revise el médico. Y yo opté por ya no platicarle mis cosas).

De modo que la primera demostración formal de su existencia fue cuando me usurpó un desvanecimiento, o una especie de encantamiento, mejor dicho, en el que vi cómo mi cerebro se estremecía y ondulaba y regurgitaba y era abominablemente absorbido por un animal compacto y ponzoñoso, múltiple, y en cuestión de segundos mi cuerpo completo cedió ante la turba insaciable y se fragmentó, y cada una de mis muchas fracciones se cambió en un ser sinuoso, diminuto y acezante, y todo yo me transformé en una frenética multitud de seres que anidaba en los rincones, bajo el suelo, sobre mi cabeza, entre los espesos muros de piedra, y desde cada uno de esos lugares, desde cada uno de mis innumerables añicos, aparecía mi cuerpo vencido, encogido sobre sí mismo, y escuchaba a mi garganta incubando, emitiendo gemidos lúgubres, letanías desoladas, desgarradoras. No conocí cuánto duró aquel martirio (aquella ceremonia) porque todos los relojes se pararon; cuando recuperé el sentido, encendí unas velas —ignoro en qué momento se apagó la luz—, y como siempre me ha parecido que las potencias sobrenaturales pueden dominar la materia mas nunca la voluntad, mantuve inflexible

mi mente, deseché los designios perversos y lo más que consiguieron mis huéspedes anónimos fue ponerme a llorar un largo rato sin que yo pudiese evitarlo. Lloré, lloré abundantemente, y no supe si lloraba por mí o por mis desatinos, por mis naufragios.

El domingo al atardecer acudió a visitarme el cura párroco de La Piedad y a pedirme, con bondad untuosa, con una obsequiosidad chocante, que permitiera a un joven matrimonio de conocidos suyos, con un crío de brazos, quedarse en mi casa en tanto el jefe de familia estabilizaba su situación económica. “Al fin y al cabo usted viene poco por acá, don Agustín, y si me atrevo a solicitarle este favor es porque sé que es usted buen cristiano”. Acepté, no por el último argumento aducido por el cura sino porque me cayó bien la humildad de los muchachos. Eso sí, los previne acerca de los espantos (de *mis* espantos, creo que dije). Pese a mi seriedad y mi franqueza, lo creyeron una broma, y con esa agradable candidez de la gente simple, festejaban cada una de mis palabras con un repetido “Ah, qué don Agustín éste”.

Cuando regresé, trayendo conmigo a mi mujer, que amparada en alguna burda sospecha ahora sí se entercó en conocer la casa, ésta se hallaba otra vez vacía. Sin lograr evitarlo, con un miserable orgullo de propietario, me solté a reír de manera escandalosa, despropiada, y proclamé, como si fuese lo más natural del mundo, que de seguro los fantasmas habían vuelto a hacer de las suyas. Lo grave es que lo sucedido no era, verdaderamente, para reírse. Los dos jóvenes nos narraron, frente al cura y todavía con las huellas de la tribulación en la mirada, que desde la mismísima primera tarde comenzaron a tropezar y caer empujados por impulsos desconocidos, a chocar contra una fuerza sólida donde no había nada, a ver surgir grandes fuegos de las duelas del piso y entrar víboras aladas por las ventanas (mi mujer se restregaba las puntas de los dedos contra los dientes, excitada); y la tercera noche, cuando la esposa preparaba la cena en la cocina, un cuchillo se levantó por sí solo y le produjo un tajo horrible en la mano derecha. Soltó un alarido. Al oírlo, su marido, que venía bajando del segundo piso con su chiquito de siete meses en brazos, perdió pie y rodó por las escaleras; él resultó con fractura del esternón y el hijo con un severo golpe en la base del cráneo que según los médicos no representaba ningún daño considerable; sin embargo, el pobrecito niño permanecía profundamente dormido desde entonces. Ellos, corazones nobles y sencillos, no querían culparme de lo ocurrido (pero de qué hubieran podido culparme *a mí*); por el contrario, dejando un poco de lado su dolor extremo, su desventura, con expresión desdichada, me aconsejaron que abandonara esa casa maldita (pero quiénes se creían ellos para aconsejarme, *a mí, eh*). El cura, agraviado por una incrédula desazón, medroso como pájaro que no se atreve a salir de su jaula rota, con una vaga es-

peranza atorada en la garganta reseca, nada más me recomendó que me cuidara (yo trataba de calcular mi actitud en ese momento, si le había impuesto a mi cara un gesto de fastidio o una sonrisa perdurable).

Consternados hasta la médula, mi mujer y yo subimos de nuevo hasta la casa, que ahora ella calificó de hosca, tétrica, siniestra (su desplante no tomaba en cuenta la amplitud, la solidez, la armonía de los espacios). Tensos, y con el ánimo puesto en altísimo voltaje, inhibidos para el sueño —en esas circunstancias quién va a pensar en dormir—, prendimos la chimenea y nos sentamos a platicar de cualquier cosa. Al cabo de algún rato, la atmósfera se fue tornando propicia para la ternura, para la promesa, para el consuelo; no obstante, me adormecí (pero con los ojos abiertos) y comencé a sentir las pisadas agudas, los chillidos insensatos, astutos, y mi voz, serena, lejana, juiciosa, como si quisiera entender, me advirtió: No sé si son caprichos o protestas, si es sagacidad o maldad lo que impulsa sus actos, lo único cierto es que resulta imposible ahuyentarlos. Y en seguida mi tono de voz deja a mi voz, se adelgaza, se vuelve murmullo, suspiro, mansedumbre, y me encuentro en una honda caverna bajo tierra, adentro crepita una hoguera que despide llamas poderosas, y ellos se esparcen —legión agitada, beligerante—, emboscándome, deslizándose bulliciosamente, tocan y lamen mis carnes, abren mi vientre y tallan contra él puñados de cristales de roca, y me encajan estacas y hierros candentes en la cabeza, y pulverizan mostaza en grano en las cuencas de mis ojos, y me practican una perforación en el muslo izquierdo por la que se mete y rastrilla mi dedo índice. Mientras, yo canto y lloro; lloro largamente por mí, por mi ser destrozado, hendido, irreparable. Lloro durante siete días y siete noches.

Cuando desperté, estaba tendido en el traspatio, desnudo, recubierto de hojas. Corrí hacia el interior de la casa, me restituí mi cuerpo dormido, abrí los ojos y noté que mi mujer, aunque al parecer permanecía atenta a la conversación, no respondía a mis palabras, y que sus facciones estaban endurecidas, rígidas. Me acerqué y vi que se estaba congelando, que justo en el sitio donde se hallaba había una temperatura semejante a la de una cima nevada, su piel parecía de cera y sobre los párpados y en las fosas nasales se le formaban astillas de hielo que olían intensamente a vinagre quemado. De inmediato, como pude, porque las fuerzas se me negaban con una

tenacidad espantosa, la arrastré fuera de la casa, la recosté sobre la tierra, la envolví entre mis brazos, la arrullé, y poco a poco fue recuperando la temperatura normal. Adolorida y humillada, con las facciones estropeadas por el agravio, la rabia y el horror, rencorosa como después de una pelea, me culpó de lo sucedido (pero yo no tenía nada contra ella, ni tampoco iba a pedirle disculpas por esa insensatez). Le mostré la herida abierta en mi muslo y no se conmovió en lo absoluto, la contempló con desprecio y me ordenó, entre patética y ridícula, que nos largáramos de ahí. El resto de la noche lo pasamos metidos en el auto, a media carretera.

Sin embargo, yo no estaba dispuesto a perder mi casa y volví, una vez y otra, dominado por una atracción secreta e inquietante. Y cada retorno era volver de un destierro, y cuando estaba solo, me iba yo del lado de ellos, de sus clamoreos, y en mi conciencia se repetía el mismo episodio, aquel hechizo en el que destrozaron mi cuerpo y perforaron mi cabeza y mi muslo, y terminaba invariablemente estrujado por ese llanto largo y compulsivo que aún hoy suele acometerme sin objeto alguno, que se ensaña conmigo y que proviene —estoy seguro—, de un muy antiguo anhelo de redención. Y por eso se obstinan en llevarme al delirio, y al vértigo. Puedo olerlos, sentirlos, adivinarlos, pero no puedo verlos. En cambio, veo mis alaridos de dolor que rasgan el aire, agudos, punzantes; y veo que la herida de mi muslo izquierdo, aunque no sangre ni me duela, nunca termina de cicatrizar, se encuentra ahí como una recordación, como un valor supremo, incanjeable.

En el verano, mi hermana Isabel, sin querer dar crédito a todo lo que le había contado —consideraba mis anécdotas graciosas, pintorescas, estimulantes—, colmada de curiosidad, insistió en pasar un par de días en mi casa. La recorrió de arriba abajo, husmeando todo, esculcando, fijándose en todo; cuando concluyó su inspección (por suerte no reparó en los enjambres de hormigas que vienen y van de recámara a recámara), me dijo, entre frívola y preocupada: Hay algo que no me gusta, sabes, que no me gusta nada, te podrías morir aquí y nadie se daría cuenta, vaya Dios a saber hasta cuándo. Y en lo que yo preparaba unas tazas de café, salió al pórtico a mirarle sus contrastes al cielo plagado de estrellas (mira, ésa es Sirio, la Estrella del Perro), y en eso estaba cuando de pronto presintió una amenaza inexplicable y se lanzó a correr, por mero instinto de conservación;

Yo no estaba dispuesto a perder mi casa y volví,
una vez y otra, dominado por una atracción
secreta e inquietante.



James Ensor, *Máscaras escandalizadas*, 1883

unos instantes después, la puerta principal fue desprendida de sus goznes y cayó exactamente en el sitio donde mi hermana había estado parada unos segundos antes. Por supuesto, se puso como loca, estalló en berridos y lágrimas, vomitó hasta quedar hecha un trapo y prefirió ir a pedirle consuelo y hospedaje al cura —quien dicho sea de paso había bendecido ya tres veces mi casa sin conseguir desalentar a los espantos (pero claro, ¿cómo podía él saber, y cómo podía saberlo yo, que todo era cuestión de resistir?).

Ese hecho marcó mi ruptura manifiesta y definitiva con el exterior. Mi trabajo en la ciudad resentía mis frecuentes y largas ausencias, así que acabé por dejarlo por completo. No, esto no es exacto, más bien lo que hice, para terminar de una vez por todas con la decepción, fue sacar a mi pobre réplica del espejo (ah, cuánto había enflaquecido), hablarle cara a cara y permitirle que

se fuera, que se reincorporara a su vida cotidiana —su profesión, su mujer, sus hijas—, y yo me quedé aquí, solo, solo con ellos. Y ellos, en ocasiones, me conceden una tregua (duermo mucho, pero igual miro cómo se impacienta el tiempo), pasan semanas enteras agazapados, nada más acechando, sin actuar, lo que no deja de ser un truco ordinario, y luego de repente aparecen todos los días, agresivos y salvajes, dispuestos a calarle su entereza a mis nervios, a rebajar mi estabilidad emocional: arrojan meteoritos de incienso llameante que atraviesan mi cabeza de oreja a oreja para obligarme a olvidar mi vida pasada, y arrastran esqueletos filosos, despojos de ellos mismos que rasgan, me despellejan, me chupan el estómago para desgajar mi sangre, y vuelvo a padecer la impresión de desgajarme, de que partes distintas de mi cuerpo segregan sensaciones diferentes, de que mis miembros, mis órganos, mis huesos, se hallan desperdigados, son muchos trozos, y siente cada uno por su cuenta, y me pongo a buscar entre las sombras a mi propia sombra, y sufro, y ya no puedo más con tanto sufrimiento, y cuando estoy a punto de romperme para siempre, una mano astuta, firme y amorosa me rescata del sortilegio y ellos, tal vez para compensarme por el infinito desasosiego, quizá para canjear mi angustia por delicia, ríen conmigo (yo río para mí, tiene gracia), procuran contagiarme la amplitud de su regocijo, me confortan con caricias dulcísimas, y yo, como en las épocas anteriores a mi memoria (el niño que cayó de la escalera acaba de despertar), me sé liviano, libre, alegre, y presencio un encuentro feliz de mi alma consigo misma, y entonces mi comprensión se aclara y alcanza a reconocer que todo es un juego inofensivo, una diversión inventada por ellos para complacerme.

¿Comprenden ahora por qué prefiero la íntima complacencia, el tozudo placer de estar solo? ¿Que no es nada más por mera extravagancia, por evitar la cercanía de mis semejantes? Así es que si alguien les comenta ésa es la casa de don Agustín, les recomiendo que no se dejen seducir por la tentación o el afecto, que aunque tengan mucho entusiasmo por venir a visitarme, mejor se dirijan en otra dirección. No vaya a ser la de malas que por invadirle su santuario a mi soledad (hay ignorantes que lo llaman encierro, confinamiento), se les alebresten los celos a mis fantasmas. Cuando cumpla siete años de habitar la casa, acaso podrán llegarse a verme ya sin el peligro de ninguna desventura. ¶

Y cada retorno era volver
de un destierro, y cuando estaba solo,
me iba yo del lado de ellos.